

La creatividad y el compromiso en el arte actual

Hay quienes distinguen el hombre persona del hombre poeta y creador. Algunos hasta expresan -con indudable figuración poética- que es necesario matar al hombre para que nazca el poeta. Esto viene de viejo. Platón considera erróneo creer que el autor en medio del furor poético sea el auténtico dueño de su escritura; el viejo filósofo no vería como coincidentes la persona y el creador. El sistema poético creacionista, ya en plena vanguardia, contaba con que la personalidad del poeta influye en la elección del material que toma del mundo objetivo (los creacionistas llamarían a esto *sistema*); así esa persona, ese sujeto decidiría cómo proceder con ese material (hablaríamos de *técnica*, en terminología de V. Huidobro). Esto es, la personalidad ocupa un papel importante en el acto creador. Jung, por recurrir a una perspectiva psicoanalítica, escribe en 1930 que el arte del artista, la creación del artista *pasa* por él; no nace en él. Esta idea suena a algo. Podemos recordarla como una de las características que define el concepto de modernidad estética.

Isabel Paraíso en su libro, *Psicoanálisis de la experiencia literaria*, refiere en un capítulo dedicado al proceso creativo una cita de C. G. Jung que le sirve y nos puede servir para comentar el emparejamiento de los conceptos que aquí se tratan: creatividad y compromiso:

“Todo hombre creador es una dualidad o una síntesis de cualidades paradójicas. Es una parte, es un proceso humano-personal; de otra un proceso impersonal, creador. Como hombre, puede ser sano o enfermo, y su psicología personal puede y debe ser explicada a base de cualidades personales. En cambio, como artista sólo se le puede concebir partiendo de su hecho creador /.../ Pues el arte es algo congénito en el artista, como un impulso que se apodera de él y convierte al hombre en instrumento suyo.”

Diríamos, por tanto, que el artista se sentiría obligado a sacrificar parte de su persona en aras de la colectividad, de

lo impersonal. ¿Deduciremos por ello que ese sacrificio se realiza con la esperanza de una compensación mayor? ¿El artista prefiere sacrificar su lado humano como un medio para potenciar su lado creativo? Probablemente no sea necesario aceptar de manera absoluta ese extremo. Pero si seguimos recogiendo ideas que parten de la psicología no es nada extraño el pensar que la vida del artista (como artista) puede estar llena de conflictos ya que dentro de él luchan dos fuerzas: por una parte la que manifiesta la persona, el hombre cotidiano, con su cotidiana biografía y su derecho legítimo a la satisfacción, con el justo deseo de labrarse una vida de acuerdo con el mundo en que vive. Pero, por otra parte, hay que contar también con la pasión creadora, o la imaginación creadora que en ciertos casos (en ciertos y cada vez más raros casos) le impulsa a prorrogar o aniquilar todos sus deseos personales.

Cuando Jung habla de *persona* se refiere a la relación que el hombre establece con la sociedad. Considera que el ser humano, en toda profesión tiene y pone su máscara, su persona característica.

Hay momentos épicos en la creación. Crear para los románticos, como para los surrealistas, entrañaba no sólo perder esa parte personal para que la ganara el artista. A veces, significaba perder literalmente la vida.

Hay momentos cómodos en la creación. Momentos en que se ha perdido ese secreto contrato con lo impersonal, con lo colectivo, incluso con el arte.

Por lo dicho se deduce que toda creación entraña un compromiso; habría que precisar más aún: todo creador se compromete cuando su arte no está dirigido a engordar su persona sino a elevar la materia artística que lo ha enajenado.

A partir de aquí hablemos de compromiso. De compromiso en todos los aspectos: compromiso con la actividad artística, compromiso con la comunidad. En cualquier caso no estamos definiendo el compromiso en relación al objeti-



vo que persigue, sino en virtud de un contrato implícito que el auténtico creador establece con su arte para que la obra artística resuene hermanadamente universal.

Lo que parecían opuestos: creatividad/compromiso, se han identificado. Y esa identificación pasa por el desprendimiento del creador de sus asuntos personales, a la par que una intervención en las cuestiones palpitantes que el mundo de hoy ofrece.

Y ya en este punto cabría hacerse una pregunta: ¿Qué razón hay para que, en este mundo de hoy, definido por una crisis cabalgante, trufado de posturas xenóforas, de un capitalismo desbocado y deshumanizante que mundializa la economía y economiza la vida, que relega a su desgracia a un tercer, cuarto, quinto mundo hasta verlos morir; morir en una muerte sólo encendida en nuestro televisor y, después de dos minutos, se ha quedado apagada, enterrada y muerta en nuestra memoria; o el planeta que ya no respira, o los que no comen, o... o...o...?

¿Qué se hizo de aquella frase que sentenciaba que el valor de una sola imagen superaba a más de mil palabras? No hablemos de la contemplación de una única imagen. En la sociedad actual la imagen machaca repetidamente la vista y se atan unas a otras como interminables longanizas. En esta cultura visual ya es inconcebible detenerse en una sola. Se está produciendo un desprendimiento incesante de imágenes que se despeñan sobre nuestros ojos sin tiempo a que pasen por nuestra conciencia. La cantidad prima sobre cualquier otra consideración.

Y si nos dirigimos hacia otra sentencia, tampoco ésta se mostrará benevolente: *la imagen es el mensaje*. Es decir, se ofrece un continente vaciado de sentido y de idea, se trabaja con imágenes no transitivas. Su valor reside en ella misma, en ser una autorreferencia aunque incapaz de salirse de sí misma y de la que no están libres demasiados *creadores*, demasiados artistas que, entretenidos en levantar también su propia imagen *personal*, se van distanciando de la verdadera creatividad. Un artista que ha olvidado el diálogo con su quehacer creativo y se desvive por ir al encuentro del gusto de un público, de un mercado que va imponiendo sus criterios sin que

asome una mínima crítica. La obra de arte es, sin más, un producto que ha entrado en el circuito mercantil.

El ojo del espectador de modo paolatino se transforma en un órgano que devora sin demasiado reparo ni conciencia todo lo que le pongan delante. Miles de imágenes entran a diario por la vista sin disponer de tiempo para gozar de una mínima digestión. La demasiada información es llevada al paroxismo como un pretexto, remedio o máscara que

Son buenos los momentos en los que una mirada se detiene, y mejoran si de ellos nace una seria reflexión que nos podría conducir a otro modo de ver y a manifestar de otro modo el mundo y la vida humana vinculada a él.

oculte el analfabetismo funcional. También se hace ostensible la insensibilidad y falta de conciencia, una mínima o nula reflexión sobre los acontecimientos que delante de nosotros sobrevienen desde todos los puntos del Planeta. Un vistazo al más cercano de los conflictos, a una ciudad bombardeada, aunque oigamos el ruido de los cañones, aunque algún rostro esté mirando absorto los alrededores de su desgracia, aunque sea enorme la mancha de sangre en el suelo, todo ello se muestra como si ocurriera a distancia y fuera de nosotros, fuera de una humanidad invulnerable ya a la violencia, de la que parece haberse borrado definitivamente una conciencia con la que sí podríamos *pensar* la realidad presente y otorgarle así un sentido a todo

ese cúmulo de sinsentidos. ¿Puede el arte continuar ciego sin imprimirle a sus manifestaciones el espíritu favorable o cruel del tiempo presente?

Son buenos los momentos en los que una mirada se detiene, y mejoran si de ellos nace una seria reflexión que nos podría conducir a otro modo de ver y a manifestar de otro modo el mundo y la vida humana vinculada a él. Eso puede ser la fuente de una corriente nueva que, si ha de desembocar, desemboque un día, sin aspavientos ni remilgos, en algún tipo de compromiso; un compromiso bastante diferente al de aquellos otros años del cincuenta y del sesenta en donde una camada de intelectuales y artistas entraron en conflicto con una realidad social que, si bien políticamente padecía una anormalidad, es muy posible que económica y mentalmente no alcanzara a herir tan extensa e intensamente como el neo-liberalismo salvaje de hoy.

Acaso convenga cotejar dos momentos muy comprometidos, antes de llegar al momento sin compromiso de hoy. Por una parte, el compromiso social de los años treinta, en convivencia con la vanguardia, con una gran depresión de fondo, un capitalismo agónico y en lucha contra otras doctrinas ideológicas. Por otra parte, décadas después, el compromiso político de los años sesenta, con una dictadura que aplazaba estratégicamente su agonía y, también, en lucha contra otras doctrinas ideológicas. Y en última instancia, en el día de hoy, vencidos y desarmados por un capitalismo sin rostro, que impone un orden económico, que rige un orden universal, regulado por unas fuerzas que ya son hegemónicas, sinuosamente anónimas, sin nada ni nadie que las discuta y contenga.

En este punto y situación se hallan hoy las creaciones artísticas. El mundo ha dado un vuelco importantísimo y el arte, salvo en casos excepcionales, no ha captado ni expresado suficientemente lo trágico de la condición en que lo humano subsiste y, con la humanidad, todo el mapa físico y atmosférico del Planeta.

¿Es que no hay alternativa? No la habrá mientras las opciones sean desatender la cuestión o acomodarse al sistema. En cualesquiera de los dos casos la persona le ha ganado la partida al artista creador.